

Dossier

Presentación: La primavera del Frente Popular

Fernando Hernández Sánchez

Coordinador del dossier

1936 es un año clave en el transcurso del siglo XX. En sí mismo, contiene todos los elementos que configuran a esos precipitados de la Historia que conocemos como grandes acontecimientos o fechas emblemáticas. Es punto de llegada, giro y partida al mismo tiempo. A 1936 se arriba con la mochila plena de experiencias —las que arrancan de aquel octubre de 1917 cargado de presagios y esperanzas pronto limitadas—, de frustraciones —el avance aparentemente imparable del tsunami pardinegro que recorría Europa de este a oeste, anegando libertades y conquistas paciente y penosamente consolidadas por los trabajadores— y de balances: entre ellos, el que llevó a la Internacional Comunista o Komintern a formular un giro copernicano en su línea estratégica en pos de la construcción de una amplia alianza antifascista. De 1936 nace una nueva etapa, la que rinde protagonismo a una clase trabajadora industrial que remonta sobre un campesinado en retroceso y reivindica un lugar propio en la representación política de las democracias de masas. Una clase que había irrumpido como sujeto político con voz propia en el periodo de entresiglos con la extensión del sufragio universal, pero que solo a partir de la Gran Guerra y sus consecuencias adquirirá conciencia de su fuerza, visibilidad en la calle y en los parlamentos y capacidad de



Trabajadores de la construcción en huelga en el solar de la Exposición de 1937. París, 1936. (Foto: Agence Meurisse — Biblioteca Nacional de Francia).

interlocución en las fábricas. Todo ello, en medio de una de las más agudas recesiones experimentadas por un sistema económico cuyas vías de agua no podían ya ser taponadas por el libre juego del mercado y la retracción de los poderes públicos.

La forma que adquirió aquella reunión

de las organizaciones de la izquierda —tanto obrera como burguesa— tan radicalmente escindidas por la lectura de la primera megamasacre mundial pero tan urgentemente interpeladas por la expansión rampante de la reacción en todas sus variantes, fue el Frente Popular. Como señala en su contribución Serge Wolikow, fue el acontecimiento fundador de la izquierda no solo de entreguerras, sino de una buena parte del siglo XX. Dotado de una capacidad movilizadora solo superada por el entusiasmo revolucionario de la inmediata primera postguerra mundial, el Frente Popular fue mucho más que una mera consigna táctica de los comunistas para salir de su aislamiento o una estratagema de la geopolítica defensiva de una Unión Soviética temerosa del cerco internacional. El Frente Popular concitó el entusiasmo de amplios sectores de trabajadores industriales, nacidos de la generalización del fordismo, que fueron capaces de aprovechar su concentración en las grandes unidades de producción —el universo de Billancourt o Manchester, la galaxia minera del Pas de Calais o de Asturias, los cinturones metalúrgicos de Vizcaya o el Sarre y las vías de irradiación del ferrocarril en todas direcciones— para intercambiar experiencias, acumular fuerzas e imponer avances sectoriales que trascendieron rápidamente de lo cuantitativo a lo cualitativo, otorgando por primera vez en la historia reciente una victoria global paradigmática a la totalidad de una clase.

El texto de Francisco Sánchez Pérez saca a la luz las manifestaciones de este tipo en la primavera española de 1936 que, si bien no consumadas por el estallido de la sublevación militar de julio, sí estaban en concordancia con lo que ocurría coetáneamente en entornos próximos y con una etiología similar. Mientras en España, la evolución de los acontecimientos condujo a su resolución mediante el estrangula-

miento represivo o una revolución social imprevista, dependiendo de la repartición geográfica del semifracasado golpe militar, en Francia, la imagen de las familias obreras tomando el sol en las playas antes acoyadas por la burguesía durante aquel memorable verano de las vacaciones pagadas es una poderosa metáfora visual de lo que supuso el refuerzo de los instrumentos de negociación sindical, estimulados por las herramientas de las huelgas de afinidad y la ocupación de fábricas, combinados, por lo demás, con una mayoría institucional favorable a la concesión de mejoras sustanciales en las condiciones laborales.

No es de extrañar que la expresión «Frente Popular» suscite temores atávicos en el imaginario neoliberal y en el electorado conservador. Fue una breve, pero intensa y fructífera experiencia de hegemonía obrera que, aunque pronto presa de contradicciones derivadas del contexto internacional y de las tensiones sociales internas, dejó huella imperecedera en la memoria de dos generaciones. Una oleada de cambio que no solo concernió a las organizaciones de matriz socialista marxista, sino que envolvió en su atmósfera a quienes, como los anarcosindicalistas españoles, contemplaban horizontes más radicales a corto plazo. El trabajo de Julián Vadillo ayuda a comprender esa relación dialéctica entre aquellas dos ramas familiares del movimiento obrero, divergentes en lo programático pero condenadas a entenderse inmediatamente en lo táctico al albur de la apuesta violenta de la reacción por la restitución del orden tradicional amenazado. La contribución de Fernando Hernández Sánchez arroja luz sobre la génesis y el desarrollo del Frente Popular en España bajo el prisma, hasta ahora poco conocido, del seguimiento de los servicios de inteligencia del Reino Unido mediante la decodificación de los mensajes en clave cruzados

entre Madrid y Moscú. Porque lo que ocurría en España o Francia no era ajeno a los intereses ni del establishment británico, ni de, por supuesto, sus propias clases trabajadoras. El Frente Popular marcó la era de la incorporación de toda una generación de jóvenes a la acción política de masas. Una juventud numerosa, radicalizada, fascinada por el mito de Octubre como amanecer de un tiempo nuevo. No es de extrañar, como recoge Sandra Souto, que fuera entre las organizaciones juveniles donde arraigó antes y con mayor profundidad el giro frenetopopulista. Fueron ellas, vanguardias de la vanguardia, las encargadas de llevar a cabo procesos de aproximación en pos de un objetivo común que desembocaron con rapidez en algo mucho más significativo que un mero agrupamiento electoral o en una plataforma de programa común: en una organización unificada de nuevo tipo. Fueron la escuela y el altavoz mediante los que se formó y convocó a la juventud del mundo al combate antifascista, desde la batalla callejera de Cable Street que el 4 de octubre

de 1936 deshizo en Londres la caricatura de una nueva marcha sobre Roma a las trincheras de la Ciudad Universitaria, Morata de Tajuña y Torija, donde el nazifascismo conoció sus primeros reveses en el campo de batalla. Si la jornada de cuarenta horas semanales, los convenios colectivos y las vacaciones retribuidas esmaltaron la panoplia de conquistas de sus mayores, de la juventud provino el impulso de las Brigadas Internacionales y el germen de la futura resistencia contra la ocupación. Será de su triunfo en 1945 cuando renazcan los objetivos del Frente Popular bajo la forma de los primeros rudimentos del Estado del bienestar, fundamentados durante los gobiernos de unión nacional para la reconstrucción, antes de que la guerra fría trazara una nueva divisoria en el campo político. Pero sin que, hasta la contrarrevolución thatcheriana de la década de los ochenta, ningún gobierno occidental se atreviera a cuestionar, y menos a retrotraer, las conquistas alcanzadas en los períodos 1936–1938 y 1944–1947. Ése fue su legado.